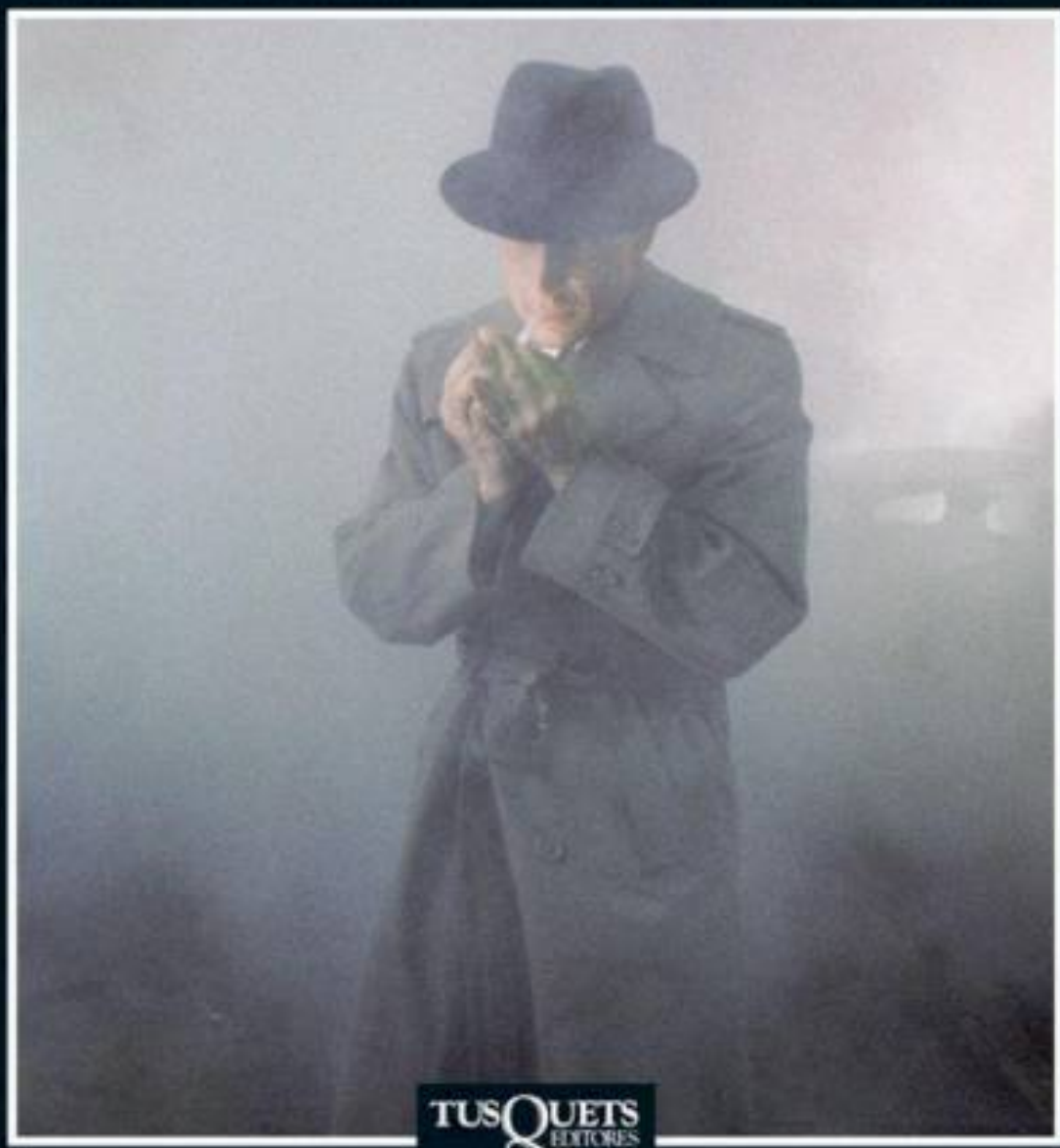


Ramiro Pinilla

EL CEMENTERIO VACÍO

colección andanzas

UN CASO DE
SAMUEL ESPARTA



TUSQUETS
EDITORES

Índice

[Portada](#)

[1. Crimen en la romería](#)

[2. Los pequeños amigos del sospechoso](#)

[3. La realidad de su pasado](#)

[4. Samuel coge su fusil](#)

[5. Una leyenda muy romántica](#)

[6. Hachazos en la cuadra](#)

[7. La última carta](#)

[8. Sospechosos en Belarriena](#)

[9. Los hombres lloran a Anari](#)

[10. La encerrona](#)

[11. En el escenario del crimen](#)

[12. «¿Recuerdas a Humphrey Bogart en...?»](#)

[13. Muertos con larga esperanza de vida](#)

[14. Guerra de tumbas](#)

[15. Pedro reclama el retrato](#)

[16. Sólo tenemos esto](#)

[17. Un asesino muy considerado](#)

[18. El dilema de Samuel Esparta](#)

[Epílogo](#)

[Índice de personajes](#)

[Créditos](#)

1

Crimen en la romería

—Anoche ahogaron detrás de la iglesia a Anari, la más joven de Belarriena.

El parte matinal de Koldobike tiene hoy este contenido. En el octavo año de posguerra la muerte violenta todavía no es noticia entre nosotros, pero el asesinato de esta muchacha se sale del manual.

—Esta vez, fue un maketo. No respetó ni a san Baskardo. Los guardias lo salvaron de ser descuartizado por la gente de la romería. Lo tienen en la perrera del Ayuntamiento.

Pésima noticia para un mes de mayo.

—¿La conocía yo? —pregunto.

—No.

Koldobike se considera tan al tanto de mis cosas que no suele dudar en expresarse por mí. No me molesta su casi totalidad de aciertos. Como ahora: no conozco, o al menos no recuerdo, a esa Anari, sólo que, siendo del caserío Belarriena, es una Belarritabena, hija de Pedro, fallecido, me parece, hace más de diez años. ¿Juana? Sí. Pedro y Juana tuvieron hijos, de los que ignoro sus rostros y sus nombres, excepto, ahora, el de Anari. Sabría más de ellos y de otros muchos si pisaran de vez en cuando una librería. Para llevar el control del censo de Getxo tengo a Koldobike.

Mientras afila un lapicero con el sacapuntas sobre su mesita roja de la entrada y yo cruzo el local hacia el fondo,

me amplía el parte:

—La ahogó a un paso de la música y las parejas bailando. —Se le caen con ruido sobre la mesita el lápiz y el sacapuntas—. ¡Animal! ¡Agarró con sus manazas el cuello de la pobre chica y apretó y apretó hasta que cayó al suelo! Estamos seguros de que luego la violó.

—¿Se sabe de cierto que fue él?

—Lo atraparon cuando aún estaba junto a ella. ¡Lástima que no le sacaron las tripas allí mismo! Los guardias llegaron demasiado pronto.

—La mató detrás de la iglesia. Bien. Con la romería en su apogeo. Nadie le interrumpió, no lejos del baile pero tampoco cerca. Nadie oyó nada. ¿Cómo oír con tanto ruido de acordeón, txistu y tamboril? Sin embargo, ¿qué ocurrió para que, de pronto, se interrumpiera la romería y la gente corriera detrás de la iglesia? ¿Alguien eligió aquel punto retirado para mear, descubrió el cuadro y dio la voz de alarma?

He hablado mecánicamente, sin pensarlo demasiado, siguiendo una lógica elemental. Y sin dejar de escribir en el librote de contabilidad.

—No, nadie fue a mear —oigo a Koldobike—. Se oyó un grito.

—Anari.

—No, el maketo.

Yergo el tronco para mirarla.

—¿Él mismo dio la voz de alarma?

—A quienes lo oyeron les pareció el grito de una fiera.

—No cabe que el propio criminal diera la alarma.

—Un truco para desviar las sospechas —apunta Koldobike.

—Sería un grito de horror.

—¿Teatro?

—No. Un grito irreprimible.

—¿Un grito de horror ante lo que acababa de hacer? Ni lo pienses.

¿Me preocupa lo que pudo pasar? Simplemente, me interesa. Pero no hasta el punto de interrumpir mi trabajo. Koldobike se aleja al sonar la campanilla de la puerta.

—¿De quién sois? —la oigo.

—Garayalde —contesta una vocecita.

—¿Y tú?

—Larretxea —me llega otra vocecita.

—¿Cómo no estáis en la escuela?

—Nos dio permiso don Manuel.

—¿Es la primera vez que venís?... Ahí, al fondo.

Como el local es estrecho y alargado y el rincón de los tebeos está al fondo, el Garayalde y el Larretxea han de pasar por delante de mi mesa y les veo un momento. Tendrán entre once y doce años y se deslizan pisando con reverencia.

Hace seis meses inauguramos en la librería un sencillo rincón de lectura de viejos tebeos para la gente menuda. No es que me estorbaran en casa esas publicaciones infantiles de anteguerra que yo coleccionaba: se trataba de una invitación a la lectura como juego para formar asiduos a estos extraños antros que son las librerías. Al principio les pusimos una banqueta baja, pero ellos siempre preferían el suelo. Así que les hicimos más felices con una exigua alfombra. La perla de los tebeos era mi colección personal de *El Aventurero*, adquirido semana a semana antes de la guerra; le acompañaban el *Yumbo* y otras publicaciones, todas incompletas, pues dedicaba más atención a mis héroes preferidos: Flash Gordon, Dale Arden, el Mago Merlín y el Agente Secreto X-9. Mi primera noticia de la guerra la recibí en julio del 36 cuando acudí al mostrador de las hermanas Learra a comprar *El Aventurero* y una de ellas me dijo con indiferencia: «No ha llegado y ya no lo traerán porque hay guerra». Pensé que si aquella guerra era capaz de dejarme sin mi *Aventurero*, había que tomarla en serio. Encuaderné chapucosamente mi tebeo favorito y lo guardé en un cajón del armario con todos los demás. Años después

arriesgué su existencia al ponerlos de nuevo en circulación, y en este momento descansan en tres pequeñas pilas a un paso de mí, dos en el suelo y una sobre la banqueta. Me impulsó otra razón: contrarrestar publicaciones infantiles como *Flechas y Pelayos* y otras patrioterías franquistas.

No oigo el familiar frufrú del paso de páginas secas cuando hay pequeños lectores. Veo a los dos chavales aún de pie y mirando en mi dirección.

—El grito se oyó por encima de la música y la gente corrió detrás de la iglesia —sigue informándome Koldobike—, y allí estaba el hijo de mala madre manoseando a la infeliz para asegurarse de que estaba bien muerta.

—¿Qué hora sería?

—En torno a las doce menos cuarto.

—Supongo que alguien miraría un reloj.

—Sí, la hermana pequeña de mi amiga Kurpiñe, que lo vio todo.

—Y corrió a contártelo.

—No, se lo contó a su hermana y ésta llamó a mi puerta de madrugada. Kurpiñe y yo habíamos estado en la romería hasta poco antes... Y a ti también te convendría ir de zambra de vez en cuando, para quitar la roña... Desde hace un tiempo ya no bailo, no tengo edad para buscar novio en romerías.

No lo piensa realmente, sólo tiene veintitrés años. A veces, parece que quiere dar la impresión de que su mundo ha quedado reducido a la librería.

—A duras penas pudo el cura meterlo en la iglesia y cerrar la puerta —prosigue con el mismo calor—. El médico tardó en llegar una hora.

—Don Julio Inchauspe...

—La gente le abrió paso..., aunque los únicos que estaban junto a Anari eran su hermano Palento y su novio Domenion Manchobas... «¿Quién ha hecho esta barbaridad?», preguntó don Julio. La estuvo examinando y dijo que la habían matado un par de horas antes.

—Diría que había muerto un par de horas antes.

—¿No es lo mismo?... Tres municipales y una pareja de guardias civiles no se apartaban de la puerta de la iglesia para que nadie entrara, aunque don Pedro estaba dentro con todos los cerrojos corridos, y el maketo tenía que oír los gritos de fuera llamándole lo peor y pidiendo su sangre, y espero que se cagara en los pantalones. ¿Por qué las puertas de las iglesias son tan duras? ¿Y por qué los guardias defendían al maketo? ¡Getxo sólo quería pagarle en su misma moneda!

—Dos horas antes de la una menos cuarto son las once menos cuarto, y si el maketo lanzó su grito de fiera a las doce menos cuarto, este grito brotó de su garganta con, más o menos, una hora de retraso. ¿Qué hizo durante tanto tiempo arrodillado junto a la chica a la que, supuestamente, acababa de matar?

—¡Violarla! En la lucha para doblegarla, la ahogó. ¡Sació su apetito de fiera con una muerta! ¡Así llenó esa hora!

—¿Acaso reconoció el médico el cadáver con tal profundidad ante tanto testigo? Estoy seguro de que no.

—No me hacen falta médicos ni médicas para saber lo ocurrido allí. —Su indignación no le permite centrarse en alguna labor, como, por ejemplo, abrir uno de los tres pequeños paquetes con novedades que llegaron a última hora de ayer y descansan en su mesita roja—. ¿Y sabes lo que te digo? Que pensaba secuestrarla.

—¿También sabes eso?

—No me lo invento, lo dijo anoche Balendin Lujanbio a quien quiso escucharle... Sí, el de Ukamena, el nieto de Simona, que lo sacó adelante al morir los padres del crío. Anari y Balendin eran muy amigos. Siempre juntos... Olvida lo que estás pensando.

—No pienso nada.

—¿Novios?, ¿novios?... ¡Por Dios! Él tiene quince años, y Anari no sólo le adelantaba en tres sino que ya era una

hembra hecha y derecha. ¡Y qué bonita! Querían casarla con el primogénito de Anzoena, lo tenían apalabrado las familias, pero ella no... Anoche, Balendin no se separaba de ella, decía que para protegerla y no se la llevaran.

—Un niño pregonando la teoría del secuestro.

—No te rías, porque luego ocurrió lo que ocurrió... Algo le habría llegado a Balendin, porque Palento y Domenion llegaron detrás de la iglesia hacia las nueve —Koldobike se muestra tan excitada como si estuviera contemplando los vaivenes de la noche pasada en una bola de cristal— y allí estaban ya Anari y Balendin... o ellos llegaron antes que los otros, cosa que la hermana de Kurpiñe no tenía claro. Entonces les ordenan a Balendin y a Anari que regresen a casa y no salgan. Al menos, que no salga Anari. Algo sabían del secuestro.

—Aunque el sospechoso hubiera sido visto en la romería...

—¡Ellos y todos le vieron!

—... ¿cómo sabían que la quería raptar? Ni que lo hubiera anunciado por los altavoces...

—Esos maketos no son callados como nosotros, hablan como si les dieran cuerda y cuentan chistes tan raros que nadie se ríe. Éste bebería lo suyo y se fue de la lengua.

—Según eso, parece que no entraba en sus cálculos matar a la chica.

—¡Pero la mató!

Mi pluma rasguea con más lentitud, pues las noticias de Koldobike no dejan de ser tristemente interesantes. Los dos chavales siguen sin hacer el menor ruido; se diría que no se pierden una palabra de lo que decimos. Cosa, por otra parte, natural perteneciendo al grupo humano de Gexto. Su quietud y su silencio me excusan de vigilar que no maltraten mis tebeos.

—Anari, Balendin, Palento y Domenion coinciden detrás de la iglesia, según me cuentas. Resulta interesante que sea en ese punto donde, pocas horas después, asesi-

nan a la muchacha. No deja de ser algo extraño. Si querían dar con el maketo, lo sensato hubiera sido buscarlo en el bullicio de la romería y no a sus espaldas. Y si deseaban huir de él, ¿por qué no se fueron todos a sus casas?

—Ya enviaron a la suya a Anari.

—Sí, pero la decisión fue tomada detrás de la iglesia. ¿Qué les llevó a unos y a otros a reunirse allí?

Estoy elucubrando y creo que no es momento de hacerlo.

—Estás perdiendo una buena ocasión de disponer de un caso para investigar.

Me lo dice a impulsos de su corajina, por tratarse de un tema suficientemente hablado entre nosotros en los últimos meses. No acepta ella mi decisión de no escribir una segunda novela... en el caso de que alguna vez surja por aquí otro caso criminal y yo lo investigue y escriba, pues la ecuación investigación/escritura es absolutamente inseparable. Ahí arriba, en mi querida Sección, arropado entre títulos de la negra, está el mío, *Sólo un muerto más*, resultado de mi atención al caso de los gemelos Altube. Hoy, transcurridos dos años, no repetiría la experiencia.

Pero Koldobike no acaba de entenderlo. «¿Sabes lo que te digo? Que eres más raro que un perro verde.» Es mi empleada desde el nacimiento de la librería, en 1940, y ha vivido conmigo las torturas del escritor a quien los editores rechazan una novela tras otra, hasta dieciséis. Todas falsas y pobres historias que ocurrían en los escenarios norteamericanos de mis idolatrados Dashiell Hammett y Raymond Chandler, hasta que un día me asaltó el recuerdo del caso irresuelto de esos gemelos, de diez años atrás, un crimen «cometido en Getxo y con sospechosos de Getxo». Dejé de lado mi calamitosa imaginación, me eché en brazos del candente realismo, viví mi propia investigación escribiéndola y nació mi primera narración aceptada.

Hubo un problema, derivado de ese irreductible realismo: a muchos vecinos se les cortó el aliento al ver su nom-

bre, apellido y circunstancias personales en un papel. El barrio de San Baskardo es el huevo de lo que llegaría a ser el municipio de Getxo con sus otros tres barrios: Algorta, Las Arenas y Neguri. San Baskardo es rural, en él perduran los 48 *fuegos* Fundadores milenarios, según la leyenda, en la figura de los 48 caseríos actuales. San Baskardo es, pues, campesino y aldeano, y pruébese a airear, en cualquier comunidad antigua, nombres, apellidos e intimidades de quienes creen, más o menos nebulosamente, en su indefensión si el enemigo se apropia de su imagen metiéndola en un papel, ese soporte tan indestructible del sospechoso progreso.

Este peligro de herir a la gente es el que me impide estar abierto a la posibilidad de escribir una segunda novela con el lacerante realismo de la primera. Es lo que Koldobike no quiere entender. Por suerte, el crimen de Anari ya tiene su culpable y no me necesita.

Mi local es alargado y, al recorrerlo, se discurre por una cañada de estanterías hasta medio metro del techo inútilmente repletas de libros que duermen el sueño de los justos. Una de ellas no se diferenciaría de las demás si no fuera por sendas jambas verticales que la enmarcan y un cartelito en lo alto con dos palabras: SECCIÓN ESPECIAL: es mi gran reserva de títulos de serie negra y policiaca que no entregaría a ningún comprador en el caso de que no fuera posible restituirlos de inmediato. En la estantería más alta, la más cerca del cielo, reinan en su gloria todos los títulos publicados en castellano de Hammett y Chandler.

—¿Por qué cruzan la Ría y vienen a Getxo a crear follo-
nes? —oigo a Koldobike.

—¿Quiénes cruzan? —pregunto distraídamente.

—¿Quiénes van a ser? ¡Los maketos!

—Todo el mundo pasa la Ría, tanto en una dirección como en otra. Yo mismo, en otros tiempos, lo hacía para bailar en las romerías de Portugalete, Santurce y Barakaldo. Era joven.

—Eres joven, sólo tienes veintiocho años. Y sin novia. Vais a buscar novia a otros pueblos sin mirar a las de aquí.

Es un tema que no me agrada tratar con ella. ¿Por qué a las mujeres les preocupan tanto los novios y las novias? Koldobike es mi amiga, mi brazo derecho, y tendría que recordarle que no tuvo que cruzar la Ría para encontrarla, que la conocí aquí.

—De mis correrías por aquellos bailes regresé siempre de vacío —le aseguro.

—Unos tienen más gracia que otros para engatusar y sacar tajada. ¿A qué ibas tú, a buscar novia o a sacar tajada?

—Nunca lo pensé, yo iba porque iban los demás, la cuadrilla. Y a los mozos de por allí tampoco les gustaban los de Getxo. A veces, para escapar de una paliza, teníamos que descruzar la Ría a nado porque no estaba en Portu la barquilla del puente.

Silencio.

—¿Tú también?

Las facturas aún sin registrar descansan a un lado del librote.

—Yo también.

No me cree.

—¿Cuándo?

—En el 38, en el 39...

—Tenías diecinueve años, veinte... Nunca te oí hablar de ello. No te veo con diecinueve años persiguiendo chicas. —Le gusta hurgar—. Hoy vas para birrocho.

Koldobike es alta, pero no larguirucha, gracias a unas curvas difusas que no explota. Hace dos años cambió el tono zanahoria de su pelo por un rubio casi platino, concesión a su jefe convertido en investigador privado, quien también cambió de nombre y atuendo en pos de una imagen impostada. Los días que duró mi trabajo en el caso de los gemelos Altube fui Samuel Esparta y no Sancho Bordaerri, y me disfracé con traje, corbata, sombrero y gabardi-

na, como ellos, e hice poner en la puerta de la librería INVESTIGADOR PRIVADO, y Koldobike hizo imprimir puntuales tarjetas de visita. Hoy, de regreso ambos a nuestro verdadero ser, el único elemento residual en ella son las puntas de aquella cabellera rubia que parece despertarle nostalgias y en la que ya domina su color original.

—En aquellas huidas, ¿te echabas al agua con ropa y calzado?

—A ver.

—Me gustaría haberlo visto con mis propios ojos.

—Ama lo recordará. Una vez le dije que me había caído en un charco de la calle. «No llueve hace una semana», me dijo. Le expliqué que era el charco de una tubería rota. —Interrumpo la contabilidad para defender mi honor—. Conservo una prueba de lo que digo.

—La ropa se habrá secado...

—Aquí, en el lóbulo, un corte de navaja.

Oigo sus taconazos contra el entarimado. No me levanto para mostrarle mi oreja.

—¿Navaja? Cosa de maketos.

—Sí, un maketo, pero los que le ayudaron eran de Portugalete. Maketos y no maketos, eran de la misma cuadrilla. Mientras me sujetaban, el de la navaja hizo el corte, avisándome: «Para que no vuelvas más a oler a nuestras chicas». El dolor me hizo dar un salto que me libró de las manos, salí corriendo, me siguieron todos y...

—Sangrarías mucho...

—Sí, pero tenía diecinueve años.

Después de examinar bien la muesca en mi carne, incluso tocarla, suspira y quiere saber:

—¿Volviste?

—Sí... pero poco.

—Los esperarías aquí para enseñarles cómo las gastamos los de Getxo.

—¿Para qué? Yo no uso navaja.

—Las narices se rompen sin navaja.

Callo. Sí que busqué al maketo —no es éste término de mi devoción— en las siguientes romerías de este lado de la Ría, aunque sin mucho entusiasmo. Si no fue muy de recibo lo que él me hizo en su terreno, tampoco lo sería si yo en el mío le pagara con la misma moneda. A lo mejor es que no me gustan las guerras.

En nuestra tierra, antaño fueron los agotes y ahora son los maketos, aunque sus diferencias son sustanciales, empezando por las de tiempo. En la zona pirenaica se habla de agotes ya en el siglo XIV; no eran otra cosa que gente marginada a quien las ciudades mantenían en la periferia por considerarlos extranjeros, judíos, herejes o cualquier otra especie que los hiciera «diferentes». Repudiados durante siglos, se les llegó a considerar raza maldita caracterizada por tener el lóbulo de la oreja pegado, carente de mucosidad en las narices, y rabo. Castros de agotes aún existían, en puntos de la Navarra profunda, a principios del siglo XIX. Por esa época, los maketos cogieron el relevo.

No fueron mejor vistos por nuestro mundo nacionalista. No vinieron por gusto, a contemplar nuestra cara bonita, sino a trabajar en minas y fábricas. Hacia 1850, nuestras grandes familias echaron mano de sus fortunas para poner en marcha la industrialización en Vizcaya con la fundación de Altos Hornos y la explotación de las minas de hierro. No se trató de una aventura sino de un calco de lo que los ingleses hacían en su tierra. Aquí teníamos —tenían— hierro, y los ingleses, carbón: los barcos traían éste y se llevaban aquél.

La necesidad de mano de obra convirtió a Vizcaya en tierra de promisión. Y así llegaron los maketos. Caía sobre ellos este bautismo al pisar nuestro paraíso, del que carecían en sus provincias de origen. Venían, naturalmente, a quitar el hambre, y se lo recordamos llamándoles «muertos de hambre». El poder había pasado de los antiguos terratenientes a los emergentes industriales. La explotación trajo el socialismo, el nacionalismo se estremeció ante el peligro

de perder sus raíces vascas, su identidad, y Sabino Arana se alzó en defensa de la patria.

Agotes o maketos, siempre «el otro».

—Había tal gentío a la puerta de la iglesia —seguí oyendo a Koldobike— que los números de la autoridad no se atrevían a pedir al cura que la abriera para llevarlo a la perrera del Ayuntamiento. Así que avisaron a más guardias civiles y llegaron dos parejas, y entre todos lo sacaron a duras penas y se lo llevaron en un coche en medio de un gran alboroto.

Sus voces estarían sobradas de contundencia para denunciar el episodio incluso ante el poder eclesiástico, civil y militar. Sólo quedaría el dolor, el dolor por aquella infortunada Anari cuya memoria para siempre quedaría unida a la gran festividad de nuestro patrono san Baskardo de mayo del 47.

—No fue él.

Primero miro hacia la entrada de la librería, pues ha sonado la campanilla justamente al oír la vocecita, pero el hombre que ha entrado tardará unos segundos en pronunciar el «buenos días», y Koldobike, que se desplaza sin prisa hacia él, no posee una voz tan cristalina, por no mencionar que no ha abierto la boca desde su última parrafada. Lo que descubro son las cabecitas de la pareja de los tebeos vueltas hacia mí.

—Estaba con nosotros.

Ha sido una segunda voz semejante a la primera. Ahí los tengo, mirándome fijamente y con las bocas cerradas con una firmeza casi agresiva.

Por su silencio adivino a Koldobike con la atención dividida entre el cliente y los chavales.

—Venía buscando *Nada*, de Carmen Laforet —oigo al hombre.

La réplica de Koldobike es rápida y, sobre todo, impaciente.

—Ese primer Nadal lo recibiremos por la tarde. Puede volver a las siete.

—Gracias. Vendré.

Todavía sonando la campanilla de la puerta, tengo ya a Koldobike ante los chavales.

—¿Qué habéis dicho, mocosos? —les lanza.

Pero el único con quien ellos quieren hablar es conmigo.

—Tienes que ayudar a nuestro amigo Pedro González.

Y el otro:

—Hemos venido a contratarte.